



MICHAEL OAKESHOTT

La voz del aprendizaje liberal

Traducción de Ana Bello, Katz, Buenos Aires, 2009, 217 pp. ISBN 978-84-96859-58-6 (*Voice of Liberal Learning*, Liberty Fund Inc., 2002)

La actitud conservadora

Traducción de Javier Eraso, Sequitur, Madrid, 2007, 96 pp. ISBN 978-84-95363-32-9 (*On Being Conservative*, 1956)

Tal vez el éxito de Michael Oakeshott como filósofo político esté relacionado con su defensa del sentido común, en continuidad con toda la tradición del conservadurismo anglosajón. Quien fuera profesor de Ciencia Política en la LSE y autor de brillantes ensayos sobre el racionalismo político defendía una visión de las cosas alejada de los tecnicismos y los fuegos artificiales de la jerga académica. Por eso, el que lea cualquiera de los libros aquí comentados puede sentirse abrumado por una mirada ingenua, pero sentirá sin duda atracción por ese resplandor sencillo y optimista que adquiere en la excelente prosa de Oakeshott el sentido de un argumento definitivo.

En ocasiones mordaz, Oakeshott fue el tipo de intelectual inglés que se siente a gusto conversando con los clásicos y polemizando con sus contemporáneos. Su

estilo de vida está magistralmente descrito precisamente en el breve texto editado por Sequitur, que en castellano se ha optado por traducir como *La actitud conservadora*. En él Oakeshott reivindica la política como actividad y como praxis, en el sentido clásico. Ser conservador, explica, es buscar la familiaridad, preferir lo conocido a lo desconocido, lo conveniente aquí y ahora a lo deseable, y sobre todo “la felicidad presente a la dicha utópica”. No se pueden condensar tantos siglos de sabiduría política en una fórmula mejor.

La finalidad de Oakeshott es presentar el conservadurismo como una filosofía práctica coherente que puede resumirse en la siguiente interrogación: “Si las cosas van bien así, ¿por qué cambiar?”. Esto no significa que el conservador sea enemigo del progreso; lo es si por progreso se entiende un objetivo indefinido que privilegia el cambio por el simple cambio. Se trata de una actitud, por emplear el título del libro, que el ser humano emplea en el resto de sus actividades; como demuestra Oakeshott con ejemplos triviales —las herramientas—, el hombre sabe que resulta más útil guiarse por la sabiduría antigua que por los mandatos de los profetas de lo nuevo.

La contraposición entre la actitud conservadora y el intelectualismo político resume uno de los conflictos más duraderos de la filosofía política. Oakeshott recela de las utopías, del racionalismo constructivista, de las planificaciones ideológicas. Una política basada en el ensueño, que enaltezca la pasión y la desmesura es siempre una amenaza para la libertad y un señuelo del totalitarismo. Su apuesta, equilibrada y pacífica, defensora de la libertad política, consiste en recuperar la naturaleza práctica de la política que supo sistematizar Aristóteles, pero añadiendo algunas conquistas del liberalismo moderno. Y sostiene que es justamente el hecho de “racionalizar” algunas actividades lo que produce la desnaturalización de las mismas, su depreciación.

Lo explicaremos mejor. Oakeshott se sitúa en las antípodas del científicismo moderno, pero no por un prurito antiintelectualista. Está convencido de las ventajas de la ciencia y de la técnica, del valor de verdad de ciertos conocimientos, pero es escéptico en lo que se refiere a las visiones generales del mundo. E incluso confiesa que no pretende ofrecer una concepción del mundo conservadora. Lo que critica, precisamente, es el resultado paradójico que se ha obtenido de la racionalización de la política. En efecto, el hecho de haber intentado ofrecer una política deducida de ciertas cosmovisiones es lo que está llevando a su desaparición. No cree que la política esté relacionada con presupuestos cognoscitivos; su perspectiva es mucho más modesta: la política está conectada con el arte de gobernar y “gobernar es la provisión y custodia de reglas generales de conducta, a las que no se considera planes para imponer actividades sustantivas, sino instrumentos que permiten a la gente seguir las actividades de su propia elección con un mínimo de frustración”.

Cierto es que la concepción de Oakeshott auna la visión liberal con la conservadora. Por ello mismo, puede concluir que lo perjudicial es convertir la política en un problema; lo mejor a su juicio es dejar que cada uno pueda perseguir el bien que considere oportuno, con los límites marcados por la convivencia, sin preocuparse de lo que no le interesa. La vida del burgués apolítico es el modelo de Oakeshott, pero no promueve la despolitización. Justamente estas páginas son fruto de su compromiso político.

En *La voz del aprendizaje liberal* continúa su visión práctica de las actividades humanas, pero aplicadas ahora a la educación, en particular a la enseñanza universitaria. En una serie de artículos en los que de nuevo vuelve a brillar el erudito exquisito, irónico y polémico, Oakeshott apela a la tradición educativa y a la naturaleza práctica de la enseñanza con el fin de oponerse a la pedagogía contemporánea y a sus pretensiones científicas. La lucidez de su argumentación —otra vez basándose en el sentido común más apabullante— no ha pasado de



LIBROS



MICHAEL OAKESHOTT
**La voz del aprendizaje liberal/
La actitud conservadora**

moda; es más, estos textos resultan tremendamente actuales, en un momento de reforma de los planes de estudios y de adaptación al discutido Plan Bolonia.

Oakeshott se pregunta cuál es la naturaleza de la educación y diferencia el aprendizaje de datos, la estéril recogida de información, de la formación humana de los alumnos. Basándose en el modelo tradicional, el sistema educativo anglosajón, que se ha ido formando a lo largo de los siglos desde el nacimiento de las universidades en Europa, el pensador conservador afirma que la educación es una actividad emparentada con el arte, eminentemente práctica —se reitera así la diferenciación clásica de la teoría, la técnica y la praxis— que se institucionaliza en la modélica, familiar y afectuosa relación entre maestro y discípulo y no en aquella fría que se establece entre el experto terapeuta y el alumno/paciente.

Aparece también su vena conservadora: ¿para qué cambiar el modelo educativo si ha funcionado hasta el momento? Como indicaba en el libro de Sequitur, las instituciones, sean las que sean, no surgen de forma intencionada, sometidas a planes precisos y con objetivos definidos, sino con una espontaneidad natural; los siglos de práctica humana, la sabiduría de las generaciones, se va sedimentando tácitamente en ellas, las mejoran; de ahí que Oakeshott subraye el valor de la tradición y el vano esfuerzo de cambiar y transformar lo que lleva funcionando bien a lo largo de los siglos.

Aprender es, en palabras de este intelectual británico, el precio que hay que pagar por ser hombre. Se trata de una actividad personal en la que cada uno pone en juego su propia humanidad; gracias a la educación nos situamos en el terreno propio del hombre, la cultura. No se trata de acumular información, sino de adquirir esa sabiduría que nos otorga una identidad.

Siguiendo el hilo de la argumentación, Oakeshott precisa la diferenciación entre las escuelas técnicas y la universidad. No es una distinción arbitraria ni tampoco se refiere a ella en términos sociales. Se trata de una diferencia de naturaleza. Ahora, en el momento en que cada vez más la enseñanza universitaria ha sido asimilada al aprendizaje de un oficio, a una perjudicial tecnificación, las ideas de Oakeshott ofrecen una alternativa deseable. La universidad no tiene como misión, añade, “socializar a los individuos”, hacerles útiles, sino introducirles en la riqueza cultural que es patrimonio de todos.

La universidad es para Oakeshott una conversación, un lugar de búsqueda cultural, un momento irremplazable en la vida de la persona. Desnaturalizarla,

cambiar su objetivo, malversar ese patrimonio es una pérdida irre recuperable. La visión técnica de la universidad, que considera que sirve para hacer profesionales y la desvincula de la cultura general, rompe con la tradición sugestiva de la enseñanza universitaria y hace que pierda su perspectiva intemporal. Porque si la universidad tiene que servir a la sociedad, su preocupación no será ya el saber, sino la utilidad más inmediata que pueda proporcionar con su enseñanza.

Oakeshott aventuraba a decir que la universidad está perdiendo todo esto y razón no le faltaba; digamos ahora que ya lo ha perdido definitivamente. Si, como dice en este libro, la universidad habrá dejado de existir cuando su enseñanza haya degenerado en instrucción y cuando quienes acudan a ella no busquen la sabiduría ni el sentido de sus vidas, sino simplemente unas calificaciones que les permitan ganarse la vida, podemos decir que ya ha desaparecido, desgraciadamente.

José María Carabante